



TEATRE NACIONAL
DE CATALUNYA

Llegir el teatre

CARTOGRAFÍA DE UNA
DESAPARICIÓN
de Sergio Blanco

ABEL GONZÁLEZ MELO, epíleg a l'edició de *La ira de Narciso*. Artezblai, 2016.

De: Abel González Melo [...]

Para: Sergio Blanco [...]

Enviado: Domingo 21 de junio de 2015 18:47

Asunto: La ira de Narciso

Querido Sergio:

No puedo contarte cómo me ha dejado *La ira de Narciso*. Esta mañana (la hora en la que mejor leo) me acosté con ella en la cama y no pude soltarla hasta el final. Hasta ahora que te escribo. Me encerré en mi habitación a leer, en la habitación de mi casa en esta otra urbe europea que, como la que dibujas, vive un tiempo de devastaciones varias. Me encerré a leer y cuando levantaba la vista, de vez en vez, solo era para observar el día más largo (más corto) del año, el día del solsticio (de verano para mí en Madrid, de invierno para ti en Montevideo) desde la ventana. La ventana de mi habitación desde la que solo pueden verse álamos.



El hilo de la historia no me permite segundo de tregua. Voy avanzando en el relato de las manos de ese narrador, de tu mano, de la mano de esa extraña figura de ficción que has sido tú y que serás tú sin duda en las múltiples advocaciones que prometes desde la palabra impresa y que el discurso escénico luego promoverá. Serás tú en tu viaje desaforado hacia los otros, tú llegando a los otros a través de las palabras y las imágenes que estas crean, tú en ese viaje desesperado de inventarte al otro a través de ti mismo, de funcionar ante los otros. En todo el aparato referencial, sensorial, de patrimonio literario en que te apoyas para defender a tu Narciso, un ser que solo se satisface en el hallazgo (la imaginación) de su hermana, en la invención de su otro lado oculto: el nocturno, el femenino, el de los pensamientos que nadie ve, el de los deseos que el marco social obliga a disimular, el de lo cívicamente incorrecto. Un Narciso del que sale la voluntad de perpetuación, de creación poética. Un Narciso que es tu única garantía de eternidad.

Por eso ensayas una y otra vez, con dedicación obsesiva, la conferencia que has de impartir. Mientras corres, mientras te duchas, mientras descubres unas manchas de



sangre en la moqueta. En la lucidez de la duermevela, agonizando entre el cansancio y las ganas de seguir activo por no perder ni un instante para la creación de belleza, atas los fragmentos confusos de lo real objetivo y lo real subjetivo (¿al final no son la misma cosa?) y diseñas el arco con que te interesa disparar. Desde la soledad preparas la intervención pública con un ahínco que no le dedicas a ninguna otra cosa. La mirada y el mito. Porque sabes que la mirada de los otros conforma el mito que eres tú mismo.

Insistes en que toda la materia ensayística y narrativa que elaboras es, ante todo, teatro: cualidad de transcurrir en tres dimensiones ante los otros. Solo mostrándola, sometiéndola al escrutinio público, es capaz de significar. Lo sabes y lo manejas así. Haces tu disección íntima y con Sócrates y con todo lo demás que está dentro de ti, en esa turbina que no cesa, vas construyendo el relato desde la humildad de esa voz central que va dando cuenta de las pequeñas cosas, de los remedios para calmarse, de los estímulos para alterarse. Vas sembrando las pistas: un amante hallado por Internet, un amigo policía que en la distancia te ayuda, una caja con rastros de ti mismo, una



evocación del francés desde la música... Y el relato avanza.
Martilla.

La felicidad no me abandonó durante la primera parte de la lectura. No me parecía angustiosa ni temible esta historia aunque hubiera descuartizamientos (de tantos tipos). Me parecía una oda al renacimiento y a la libertad que solo el teatro permite a quien lo crea y a quien lo recibe. Me sentía feliz y levantaba los ojos hacia los álamos como si fuesen los del Tívoli por descubrir allí la sensualidad de Igor transpirado. Y en medio de la obra, de pronto, antes de que el tema de Dyango me haga llorar, allí de pronto siento un golpe en la boca del estómago, el curso cronológico del relato es interceptado por el esclarecimiento (la opacidad) que impones a la perspectiva de enunciación. Y aparece Gabriel Calderón, aunque siempre estuvo, y revisito cada momento de lo que he leído intuyéndolos a uno junto al otro, otra vez en el cruce de lo real, en lo inconfesado, otra vez en la libertad de la espiral de vasos comunicantes que te inspira siempre, Sergio, a no parar de construir tu caja china. En la literatura, como dices, al igual que en la vida, cabe casi todo. Cabe casi toda nuestra locura por amar (¿armar?) el imposible. Por hacerlo cercano, útil, real. En



las lindes de tu escritura, lista para una escena desbordante de ilusión, caben los dátiles con roquefort mientras el Mediterráneo se transforma en un inmenso cementerio de negros y árabes. Cabe perderse entre los bosques de Liubliana y desear que el amor entre cuatro, que son dos, ocurra. Cabe sufrir por Skype los olvidos de mamá.

Aunque creo que la felicidad me acompañaba al leerte no solo por el disfrute de la historia en sí, sino porque, conociendo tu dramaturgia con la proximidad que la conozco, a través de *La ira de Narciso* veo cómo tu sistema dramático va tejiéndose y haciéndose cada vez más fuerte, cada vez más estructurado e internamente orgánico. Hay algo que empata *Kassandra*, *El salto de Darwin*, *Tebas Land*, *Ostia* y esta obra que no tiene que ver con los contenidos que desarrollan, sino con una suerte de venas que asocian unos y otros textos. Muchas serían las cosas de las que podría hablarte al respecto, muchas más serán cuando nos veamos y conversemos. Me apasiona de momento el enigma que representa esa *Kassandra* que cuenta sus mutilaciones sucesivas (su muerte) ante el público y que regresa con el viento helado para ser



convertida en el ideal de una familia que terminará asesinándola, o un hijo que apuñala al padre con la misma furia que un chiquillo corta con una cuchillo eléctrico a su amante...

Quizás lo que más me conmueve de *La ira de Narciso* no es el sugestivo juego de planos escénicos, los engañosos cruces entre realidad y ficción para crear un tesoro visceralmente dramático, la riqueza lingüística con que cuentas los detalles cotidianos o las acciones repetidas que curten la ansiedad de tu protagonista. Nada de eso me importa más que el eje de esta obra: lo implacable que es con todo. Que eres con todo. Con todos. En todo. En todos los niveles. En el contenido y en la forma. En la visión de Europa, del sentido de la Universidad, del sexo, de la familia, de la amistad, de la enfermedad. De una tradición que solo sirve acaso para hacerla propiedad personal y ponerla al servicio de uno mismo. Pero también de lo implacable que eres a nivel técnico de escritura y de invención, amputando una parte y cosiéndola en otra del organismo vivo que es tu obra. Los círculos concéntricos que dibuja la piedra lanzada al estanque donde Narciso se mira, llegan aquí a una extraordinaria fijación, a un



sobresalto que susurra al oído. He creído estar leyendo a Paul Auster, mi novelista favorito, mientras te leía. Pero a un Paul Auster que se arriesga mucho más porque todo su agónico mapa de relaciones va a ser puesto en escena.

Siempre has estado presente en tus textos. Siempre han estado tu dolor, tu fuga, tu libertad y tu muerte. Pero cada vez lo estás más. Cada vez lo están más. Cada vez acaricias con más ira al mamut. Cada vez eres más el costado visionario de Kassandra. Y de una forma más radical. Tanto que ni siquiera me atrevo a imaginarme hasta dónde podrás llegar. Cuando leí *Ostia* estuve a punto de decírtelo pero algo me hizo contenerme. El cuerpo tendido entre Roxana y tú es el cuerpo de Pasolini pero es tu propio cuerpo. Allí en *Ostia* esbozabas el abismo pero te resististe a hacer el paralelo completo entre el gran italiano y tú, no hiciste la superposición total: intuitivamente algo en el relato (tengo esa impresión) te contuvo, te hizo salvarte, no recoger a aquel gigoló en el coche del alquiler, no irte al descampado... Algo te hizo evadir la proximidad biográfica entre Pasolini y tú, algo te ayudó a librarte de la muerte a través de tu escritura. Sin embargo aquí te has obligado a tocar fondo. Y si, mientras leía la obra, estaba feliz por todo



lo que te he contado, ahora al terminar de escribirte estas líneas me embarga un profundo desasosiego. Es una tontería pero hay algo tan real en lo que escribes que me da miedo. Sí, es una tontería porque al final son palabras. Pero es que las palabras producen nuestra realidad. Sé que me entiendes.

Te quiero tanto. Aprendo tanto de ti. Cuídate mucho y léele, si te parece bien, este email a Gabriel, que está haciendo este hermoso viaje contigo.

Larga vida para Narciso en Uruguay. Para Narciso en el mundo.

Abel